

Padre Juan B Lehmann V.D.

CRISTO REY

1. Oportuna institución de la fiesta de Cristo Rey. — Es curioso que la Iglesia haya instituido la fiesta de Cristo Rey en una época como la nuestra que ha visto caer las coronas reales, como caen en otoño las hojas de los árboles. Hoy vemos a los católicos agruparse alrededor del altar de Cristo Rey, y celebrar su coronación y su reinado, mientras sobre las coronas de la tierra se forman los juicios más contradictorios.

¿Intentará la Iglesia con esta festividad protestar aunque indirectamente contra los acontecimientos de estos últimos años? ¿No habrá más bien cometido un error, al intentar defender ideas arcaicas y teorías ya en desuso?

Toda injusticia será siempre calificada por la Iglesia como merece. Pero, en cambio, los asuntos meramente profanos y políticos, serán por ésta apreciados conforme a las palabras de Cristo en el Evangelio: "Mi reino no es de este mundo". Si, a pesar de eso, nos presenta hoy a la persona de Cristo en figura de Rey —hoy no tan simpática—, al hacerlo se coloca por encima de todas las corrientes contemporáneas, como representante de lo sobrenatural, actuando como siempre oportunamente. Seguramente no todos aprueban sus ideas, ni menos lo que llaman sus exigencias, tachándolas de inoportunas. Aun se avendrían a tolerar la figura de la corona, aceptándola hasta con respeto, si no fuera ésta el símbolo de ideas, doctrinas e imposiciones que la moderna humanidad en manera alguna tolera.

La Fiesta de Cristo rey, sin embargo, no es una fiesta cualquiera. Es preciso que los cristianos la comprendan. Las fiestas no son tan sólo bellas flores con que la Iglesia adorna sus altares. La festividad de Cristo Rey no es, como tal vez opinan algunos, una piedra preciosa más en la brillante corona de fiestas del año litúrgico. La significación de la fiesta de Cristo Rey es más profunda. Las fiestas son solemnes llamamientos. Las fiestas nuevas son llamamientos insistentes hechos por la Iglesia en la época crítica en que los pueblos procuran librarse de determinadas leyes y exigencias consideradas como inoportunas y anticuadas. Así las fiestas de la Iglesia Católica se convierten en historia, historia viva, semejantes a las cruzadas, a los concilios, a las canonizaciones, a las fundaciones de Órdenes. Con la introducción de una nueva fiesta en el ciclo de las ya existentes se sabe que la Iglesia quiere actuar eficazmente sobre las costumbres y sobre los destinos de la humanidad.

Eso acontece con la fiesta de Cristo Rey. La Iglesia proclama nuevamente la soberanía de Cristo y de su reino. Nuestro corazón debe henchirse de confianza, al ver a la esposa de Cristo, expuesta a los asaltos de las fuerzas del abismo, rodeada de ejércitos de enemigos, y oírla a pesar de todo pregonar a la faz del mundo con intrépida valentía, que Cristo es ayer, hoy y

siempre.

2. Intrépida afirmación de Cristo ante Pilato. — La proclamación de esta festividad ante la humanidad entera, nos recuerda la escena de Nuestro Señor en el Evangelio de hoy. El gobernador romano le pregunta si es rey. Jesús, a quien millares de personas en el desierto quisieron elevar al trono; Jesús, a quien toda la nación hubiera rendido jubiloso homenaje, si en ello hubiera Cristo consentido; Jesús, el que siempre había despreciado y apartado de sí las dignidades y riquezas, asegura ahora formalmente que la corona le pertenece. Reducido al más vil estado de abatimiento y dolor, abandonado por sus más caros amigos, a punto de recibir la ignominiosa sentencia de muerte, se yergue ante el representante del poder imperial, que no puede disimular su sorpresa, para afirmar resueltamente: "Así es como dices: ¡yo soy rey!"

Esta declaración hecha en el momento más solemne de su vida, es digna de todo respeto. Al nombre de Jesús se dobla toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Ardiendo en amor de Cristo el mártir le consagra su sangre, el sabio escritor su pluma, la doncella su pureza. Cristo es Señor del Universo.

Y cambiaron los tiempos de entonces, aquellos en que el cristiano no podía presentarse en la plaza, ni comparecer en los espectáculos, ni ser admitido en los convites; aquellos en que todo se hallaba manchado por la idolatría y profanado por usos paganos. Cambiaron los tiempos de entonces. Pero han vuelto por desgracia.

3. Rebelión del mundo contra la realeza de Cristo. — El mundo moderno rechaza, sí, el incienso ofrecido a los dioses, pero admite y quiere que sean reconocidos los principios paganos. Quiere que le acompañemos en el abuso de la libertad, y en la disolución. Pretende que aprobemos su teatro, su cine, sus diversiones; que convengamos en que no hubo desorden alguno en el paraíso, y en que no existe lo que nosotros llamamos ley de la concupiscencia. ¡Y cuántos católicos de nuestros días se doblegan ante estos dogmas de la impiedad!

a) ¡Libertad! "Libertad" es el lema del neopaganismo, que por libertad entiende verse libre de todo compromiso de naturaleza religiosa. Las tipografías del mundo entero se encargan de propagar y enaltecer ese lema pagano. Los estantes de las bibliotecas se curvan con el peso de los escritos que pregonan esa libertad; la gran prensa sin corazón es la mayor propagandista de estos "principios modernos"; innumerables revistas ilustradas son los apóstoles de estas nuevas doctrinas. Con el señuelo de "libertad" es atraída y cautivada la juventud, quien ensalza con delirante entusiasmo esa gran conquista moderna, que como fuego fatuo la fascina y la arrastra hacia el abismo.

b) Ciencia moderna. La ciencia moderna procura también deshacerse de Dios. La economía mundial prescinde de él. La política internacional no le

conoce. El arte vaga por caminos de completa independencia. Los legisladores apartan lo más posible el recuerdo del santo nombre de Dios, por inoportuno e indeseable. La misma familia ve derribados los más sanos principios de pureza y honestidad, y las sagradas leyes de la naturaleza son vergonzosa y criminalmente violadas.

4. La Iglesia acepta la lucha. — Y en medio de esta general apostasía la Iglesia anuncia y proclama la realeza de Cristo. Era de esperar que esta proclamación provocase la risa y el escarnio de los enemigos, risa y escarnio que muy pronto se convertirán en odio, odio infernal con todos los malignos intentos y planes diabólicos de destrucción y de exterminio. Y la Iglesia acepta la lucha, lucha de paloma contra garras y pico de águila, y con firmeza se alza para seguir proclamando ante el mundo moderno "supercivilizado": "¡Cristo es Rey, sí; también el vuestro!" ¡Oh cuan bella aparece la Iglesia enamorada de Cristo! ¡Cuan bella en su admirable intrepidez y santo orgullo! Ese orgullo, ese amor y esa intrepidez es lo que el mundo necesita. Era necesario que resonara esa voz en medio de la confusión ensordecedora de Belial. Era preciso que los amigos de Cristo cobrasen ánimo; que la Iglesia los arrastrara entusiasmados al bando de Cristo, para reñir las batallas contra el espíritu maligno, contra los ejércitos del espíritu de las tinieblas. ¡Cristo es Rey! Le debéis honrar y obedecer. ¡Cristo es Rey! Fe, obediencia y castidad es lo que os pide.

¿Será pura ilusión la realeza de Cristo sobre el mundo? No han faltado quienes en esta proclamación de la Iglesia han visto un acto de desesperación, el último parpadeo vacilante de la luz de su multisecular existencia. ¡No; la Iglesia no muere! Inútil es alzarse contra este dogma. Hay artículos de fe difíciles, incomprensibles; pero éste es clarísimo, evidente. Los mismos enemigos de la Iglesia se ven obligados a rendirse ante las lecciones que les da la historia.

a) Contra el imperio romano pagano. El imperio romano, dominador del orbe, se levantó contra un puñado de débiles criaturas, indefensas doncellas y caducos ancianos. Mas éstos poseían la verdad cuando al caer bañados en su propia sangre enrojeciendo la arena del anfiteatro, exclamaban, despidiéndose de la vida: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!* ¡Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera!

b) Contra las sectas. Desde los primeros siglos se formaron sectas de formidable poderío en el seno de la misma Iglesia, sectas que perturbaban y amenazaban acabar con su existencia. Ciencia, política, poder, masas sugestionadas, todo se aunaba para combatir a la Iglesia. El águila abría sus alas gigantescas precipitándose sobre la paloma. ¡Y Cristo venció! Herida de muerte se hallaba la paloma, cuando el occidente estaba en llamas, y la cristiandad a punto de desmoronarse. Sangrando por mil heridas, mientras los enemigos daban ya por cierta la victoria, lanzó la Iglesia grito angustioso, poniendo en Cristo su esperanza y proclamando su reino indefectible. Y esto la salvó.

c) Contra el neopaganismo. Nuevamente envuelven al mundo las tinieblas, y

por entre la oscuridad se oye el batir de las fatídicas alas. Mas la Iglesia, segura con la experiencia de los siglos pasados, al verse protegida por el Espíritu Santo, que jamás la abandona, se alza contra el espíritu infernal proclamando el lema de los cristianos: Cristo es Rey.

Dios permite las terribles acometidas de los espíritus de las tinieblas, y aun les concede treguas tanto a ellos como a sus mensajeros.

Se les diría que les cede la delantera, a semejanza de poderoso gigante que de buen grado permite adelantarse al enano que se le viene encima con gesto amenazador. Los cobardes e insensatos se ponen de parte del enano, cuyas gracias se disputan. Ya el Salmista preguntaba a los poderosos de la tierra: "¿Por qué causa se han embravecido las naciones, y los pueblos maquinan vanos proyectos?" Y el mismo Salmista daba la respuesta: "Aquel que reside en los cielos se burlará de ellos; se mofará de ellos el Señor." (Salmo 2, 1 y 4.)

Muy desigual es la lucha entre el cristianismo y el neopaganismo, siendo éste el que lleva la peor parte, puesto que con la Iglesia está el Hijo de Dios vivo.

No obra ésta imprudente ni neciamente al no prestar homenaje a la cultura moderna, y mucho menos al no someterse a ella con humilde obediencia. Hasta los mismos mundanos se cansarán bien pronto de esa falsa cultura. El corazón humano no puede por mucho tiempo verse privado de los bienes sobrenaturales. El Hijo de Dios se ofrece todos los días en millones de altares a su Padre celestial, y a millones de corazones confirma en la fe y en su amor para el combate decisivo.

La fiesta de Cristo Rey tiene su razón de ser, y debemos y queremos los cristianos solemnizarla de todo corazón. Convirtámosla en nuestra fiesta proclamando a Jesús por nuestro Rey. ¡Cuántos católicos hay débiles y vacilantes! No queramos formar en sus filas. ¡Vemos tantos reveses, tantas caídas, tantas infidelidades! Muchos hay que claman por la reforma de las costumbres, y carecen ellos mismos de la suficiente energía para combatir sus propios vicios y guardar la castidad propia de su estado. Muchos hay entre los soldados de Cristo, que no agradan a su jefe, por tener un espíritu rebelde y poco mortificado.

Procuremos ser verdaderos soldados de Cristo. Asimilemos cada vez más el espíritu de la Iglesia, espíritu combativo contra el mal, comenzando por nosotros mismos. Y una vez que nos hayamos vencido, entremos valerosos y denodados a formar en las filas de los que pelean por el reino de Cristo en el hogar, en la familia, en la parroquia, en la diócesis y en la sociedad.

¡Sea, pues, Cristo nuestro Rey y nuestro Soberano, y seamos nosotros sus fieles y devotos súbditos para que "vean los hombres nuestras buenas obras, y glorifiquen al Padre que está en los cielos!"

(Tomado de "Salió el Sembrador...Tomo IV," Ed. Guadalupe, Buenos Aires,

1947, Pág. 352 y ss.)